

Trinidad divina y familia humana

José María de Miguel González, OSST
Profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca

Sumario

Esta reflexión sobre los fundamentos teológico-trinitarios de la familia parte de la crisis de la institución familiar, de la llamada familia *tradicional*, para mostrar que la solución a la crisis no pasa por la organización de nuevas formas de familia basadas en la ideología de género, sino por profundizar en la imagen de la Trinidad que la familia, fundada en la unión indisoluble del varón y la mujer, lleva en sí por voluntad de Dios. Pero el Dios cristiano revelado por Jesucristo es “amor”, es decir, una “communio” interpersonal que mantiene a la vez la unidad divina y la pluralidad de personas. Esto lo conocemos porque Dios Uno y Trino así se ha revelado en la historia de la salvación.

Palabras clave: teológico-trinitario, ideología de género, comunión interpersonal, unidad divina

Summary

This reflection about the Trinitarian-theological foundations of the family part of the crisis of the institutional family, of the so-called traditional family I in order to show that the solution to the crisis does not come from the organization of new forms of family based on the ideology of genus, but rather through deepening in the image of the Trinity which the family founded in the indissoluble union of man and woman, has been brought through the will of God. However the Christian God revealed by Jesus Christ is “love,” that is to say an interpersonal “communio,” that maintains at the same time the divine unity and plurality of persons. We know this because God One and Three has revealed himself to us in the history of salvation.

Key words: Trinitarian-theological, ideology of genus, interpersonal communion, divine unity.

Introducción

La familia como realidad antropológica y como institución social se ve cuestionada desde diferentes ámbitos y por distintos actores. El cuestionamiento más radical procede sobre todo de la conjunción de dos fuerzas poderosas: los *mass media* en todas sus versiones, que no sólo reflejan el sentir de la opinión pública, sino que la crean, moldean y la encauzan, y el poder político en sus variadas denominaciones, predominando las de orientación progresista, como gusta de presentarse a sí misma la izquierda. Como la mayor parte de los medios de comunicación orales, escritos y visivos se sitúan en la órbita progresista fungen de correa de transmisión de las ideologías políticas que tratan de alterar la imagen y función de la familia mediante un concienzudo y programado proceso de ingeniería social. Por eso hablan despectivamente de la familia constituida sobre la base del matrimonio entre un hombre y una mujer, con vocación de estabilidad, permanencia y mutua fidelidad, y abierta a la vida, que reivindica el derecho a la educación de sus hijos como un derecho inalienable, tachándola de “familia tradicional”, o sea, un modelo de familia pasado de moda y sin ningún futuro, por eso se hace chirigota de él. Este modelo de familia es el que combaten y ridiculizan muchas series televisivas nacionales y extranjeras, incontables películas de casa y de fuera, las revistas del corazón, la llamada telebasura etcétera, y, atendiendo al éxito social de semejantes producciones, los políticos concluyen y rematan el ataque con medidas legislativas rompedoras, sobresaliendo entre ellas la legalización del matrimonio entre personas homosexuales y la adopción de niños por parte de parejas del mismo sexo (ley del 3 de julio de 2005), la modificación de la ley del divorcio para facilitararlo por la vía rápida, el llamado divorcio exprés, pues basta que hayan transcurrido tres meses de casados para que se pueda recurrir a él sin necesidad de alegar causa alguna (ley del 8 de julio de 2005), y la nueva ley del aborto en proceso de elaboración, que consagra la eliminación de la criatura que se forma en el seno de la mujer (me resisto a llamar *madre* a la mujer que libre y conscientemente es capaz de provocar el aborto de su hijo) sin ninguna restricción ni responsabilidad penal durante las catorce primeras semanas (ley de plazos).

Los que intentan denigrar a la familia motejándola de ‘tradicional’ no tienen ni idea de lo que significa ‘tradición’. El verbo latino ‘*tradere*’ del que procede el sustantivo ‘*tradio*’, quiere decir entregar a otro lo que uno ha recibido. La ‘tradición’ es el vehículo de transmisión de algo valioso. Pues bien, es en el seno de la familia donde se entrega y transmite a los hijos la vida que los padres recibieron a su vez de los suyos: esta es la mayor y más grande ‘tradición’, la de la vida humana, junto con los valores sobre los que se sustenta la sociedad. Esta es la función principal que cumple la familia en todas las culturas, pues la cultura se transmite de generación en generación en el seno de la

familia, empezando por el lenguaje que es el instrumento primero de la cultura. Las *nuevas* familias constituidas entre personas del mismo sexo no son, efectivamente, *tradicionales*, porque no son capaces de ejercitar la principal *tradicción*, es decir, la transmisión de la vida. Por tanto, desde el punto de vista antropológico se infringe una herida grave en la misma comprensión del matrimonio como unión del varón y la mujer, unión validada públicamente por la sociedad que espera de ella su misma subsistencia en el tiempo a través de la generación de nuevas vidas. Pero si estas nuevas formas de familia entre personas del mismo sexo sólo se pueden levantar sobre un malentendido antropológico, afectarán también a la comprensión del matrimonio como institución social, fundamento de la familia, primera célula de la sociedad.

Así, pues, los que atacan a la familia *tradicional* y en su lugar ponen familias *nuevas* constituidas por personas del mismo sexo, o por parejas de hecho sin ningún vínculo jurídico que garantice y dé consistencia pública a la unión, o por parejas que han hecho del divorcio un medio de vida, están minando los cimientos mismos de la sociedad basada en la tradición de la vida y de los valores de la propia cultura. ¿Qué sociedad resultará si la familia tradicional es sustituida por las familias nuevas creadas a imagen de las que aparecen en los *mass media* y avaladas políticamente a través de leyes que retuercen la ley natural al servicio de intereses políticos coyunturales? Las ideologías progresistas y de género, valga la redundancia, están jugando al aprendizaje de brujo con la familia, una jugada muy peligrosa que puede dejar maltrechas a las generaciones futuras.

A la vista de este panorama, más artificial que real, pues la familia –la familia motejada de *tradicional*– sigue siendo entre nosotros la institución más valorada, y las nuevas familias son, en todo caso, una minoría (sobre todo la formada por personas unidas en ‘matrimonio’ homosexual), con esta reflexión de carácter teológico-trinitario quisiera poner de relieve los sólidos fundamentos sobre los que se apoya la familia, y que ninguna moda los podrá arruinar. Si la familia está radicada en Dios Creador y en su plan de salvación resistirá todos los intentos de disolverla¹.

¹ “El hecho de la revelación bíblica y cristiana arroja una luz originalísima sobre la identidad y la vocación de la familia [...] Nos muestra a la familia como una realidad indisolublemente vinculada con el ‘misterio’ de la autocomunicación de la Trinidad en la historia [...] Toda la historia de la humanidad, y especialmente la de Israel y la de la Iglesia, puede (y quizás también debe) ser leída como el lugar de la revelación progresiva y recíproca de Dios en la familia y de la familia en Dios” (P. Coda, “Familia y Trinidad. Reflexión teológica”, en *Semanas de Estudios Trinitarios, Misterio Trinitario y Familia humana*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1995, 195.198).

1. “Hombre y mujer los creó” (Gén 1,27)

La afirmación más importante para nuestro tema que hace el libro del Génesis en sus dos primeros capítulos, es la siguiente: el hombre y la mujer han sido creados a imagen y semejanza de Dios. En el día sexto de la creación, Dios hizo surgir de la tierra los “animales vivientes según su especie: bestias, reptiles y alimañas” (1,24). En la cumbre de los seres vivos sobre la tierra puso al hombre: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra [...] Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó” (1,26-27). Esto quiere decir que, desde la creación, la semejanza con Dios del ser humano está impresa en la totalidad de los dos, en el hombre y la mujer. Y precisamente por esta semejanza divina como varón y mujer, el ser humano es fecundo a imagen de la fecundidad del Dios-amor-creador.

Esta fecundidad relacionada con la unión del hombre y la mujer, es decir, del matrimonio aparece claramente expresada en el segundo capítulo del Génesis, en el llamado segundo relato de la creación. Después de que Yahvé formara al hombre con polvo del suelo y le insuflara el aliento de vida, y lo colocara en medio del jardín del Edén (2,7-8), se dio cuenta –por usar un antropomorfismo más– de que el hombre estaba solo, y que eso no era bueno para él². Por eso se dijo: “Voy a hacerle una ayuda adecuada” (2,18). Pero no acertó con la compañía en un primer momento, pues los animales, incluso los de compañía, no son la ayuda adecuada para el hombre. “Entonces Yahvé hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, que se durmió. Y le quitó una de las costillas [...] De la costilla que Yahvé había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre” (2,21-22). Ésta sí era la ayuda adecuada, pues era como el hombre, de su misma constitución y dignidad. A la mujer no la crea Dios del polvo de la tierra, sino a partir del hombre, para indicar gráficamente no la dependencia de él, sino la identidad de constitución. La ayuda adecuada del varón [’*isl*] es la mujer [’*issah*] que se consagra en el matrimonio: “Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne” (2,24)³.

Según la Biblia, la familia humana tiene su fundamento en el orden de la creación. El hombre y la mujer son fruto de la voluntad libre y amorosa del Creador. Por muchos indicios de la evolución de las especies que quieran buscarse, lo que la revelación nos asegura

² El autor del libro del Eclesiastés alude a soledad en estos términos: “Si uno cae, lo levantará su compañero; pero ¡ay del solo que cae!, que no tiene quien lo levante. Si dos se acuestan, se calientan entre sí; pero el que está solo, ¿cómo se calentará?” (4,10-11).

³ J.N. Bezañon, *Dios no es un ser solitario. La Trinidad en la vida de los cristianos*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2001, aquí el cap. 1: “No es bueno que el hombre esté solo”, 15-29.

es que, en última instancia, en la aparición del ser humano hay una intervención directa de Dios, y en esta intervención libre y amorosa está precisamente la posibilidad de la semejanza del ser humano -varón y mujer- con Dios, puesto que está establecida y afirmada por Él mismo. Esto es lo que caracteriza al ser humano y lo diferencia del resto de los animales vivientes sobre la tierra: la semejanza con el Creador, algo que nunca podrá decirse de ningún humanoide por muy cercano en la evolución que esté del ser humano. Pero Dios no sólo estableció en el ser humano, en su doble condición de varón y mujer, una imagen suya, a quien encarga llevar adelante y perfeccionar la obra de la creación, sino que, a diferencia de la fecundidad del resto de los vivientes, la del hombre será bendecida en la unión esponsal.

El matrimonio como fundamento de la familia, es decir, de la fecundidad de la vida, pertenece al orden de la creación. Esto significa que desde el origen de los tiempos la familia, por disposición de Dios, está asentada sobre la unión del hombre y la mujer. Bien es verdad que esta unión que llamamos matrimonio no siempre ni en todas las culturas se ha configurado de la misma manera, pues hasta llegar al matrimonio monógamo, estable e indisoluble hay un largo camino, que unas culturas han recorrido más de prisa que otras, sin olvidar que todavía hoy en algunas, como la musulmana, se sigue practicando la poligamia. En la Biblia, el matrimonio tiene también su historia que va de la poligamia al matrimonio monógamo, pero el hecho de que el matrimonio entre un hombre y una mujer se remonte al principio de la creación es un signo claro de cuál es la voluntad de Dios respecto de esta institución. El matrimonio no es una invención cultural que por eso mismo puede variar según sea la ideología dominante patriarcal o de género.

La respuesta de Jesús, en la polémica acerca de la permisión o no del divorcio, se fundamenta en la voluntad primigenia de Dios: “Moisés, teniendo en cuenta la dureza de vuestro corazón, os permitió repudiar a vuestras mujeres; pero al principio no fue así” (Mt 19,8). Este ‘principio’ es el de la institución del matrimonio indisoluble, pues la unión del hombre y la mujer, al ser establecida por Dios, nadie la puede romper. De esta unión surge una nueva familia, “por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne” (Mt 19,5; cf. Gén 2,24). La carta a los Efesios dará el último paso cuando inmediatamente después de citar este pasaje fundacional del matrimonio (Gen 2,24), escribe: “Gran misterio es éste, lo digo respecto de Cristo y la Iglesia” (5,32). La unión del hombre y la mujer en el matrimonio es signo y sacramento de la unión de Cristo con su Iglesia, como en el antiguo pueblo de Dios era símbolo de la alianza entre Yahvé e Israel. En definitiva, “Dios es aquel que ha creado y santificado el matrimonio, que manifiesta su amor fiel y su unidad para siempre en el amor duradero de los esposos, que quiere de ellos la fecundidad y la prosperidad por medio

de los hijos, que desea la paz y la concordia aún en medio de las posible dificultades”⁴.

2. El Dios uno se revela como comunión de Personas

Según el teólogo protestante E. Jüngel, la fe en el Dios uno y trino *debería* “caracterizar la existencia cristiana íntegra, debería determinar íntegramente la liturgia cristiana, la piedad cristiana, la moral cristiana y asimismo la teología cristiana, que es responsable de la verdad cristiana”⁵. Pero una cosa es el deseo y otra la realidad. Porque como constató hace más de cuarenta años Karl Rahner, y por desgracia sigue siendo válida su constatación, “los cristianos, a pesar de que hacen profesión de fe ortodoxa en la Trinidad, en la realización religiosa de su existencia son casi exclusivamente ‘monoteístas’. Podemos, por tanto, aventurar la conjetura de que si tuviéramos que eliminar un día la doctrina de la Trinidad por haber descubierto que era falsa, la mayor parte de la literatura religiosa quedaría casi inalterada [...] Cabe la sospecha de que, si no hubiera Trinidad, en el catecismo de la cabeza y el corazón (a diferencia del catecismo impreso) la idea que tienen los cristianos de la encarnación no necesitaría cambiar en absoluto. En ese caso, Dios como (la única) persona se habría hecho hombre, y de hecho, el cristiano ordinario no piensa explícitamente en nada más cuando confiesa su fe en la encarnación”⁶.

Hay dos ‘definiciones’ centrales de Dios, del ser de Dios, en la Sagrada Escritura. La primera la dio Dios mismo a Moisés en el Sinaí cuando pasó delante de él exclamando: “Yahvé, Yahvé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por mil generaciones” (Ex 34,6-7), y la otra aparece en la primera carta de San Juan: “Dios es amor” (1Jn 4,8.16). En las dos se pone de relieve la ‘esencia’ de Dios que es amor⁷. Estas

⁴ D. Borobio, “Matrimonio, Dios en el”, en X. Pikaza – N. Silanes (eds.), *Diccionario teológico ‘El Dios cristiano’*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1992, 872.

⁵ Citado por G. Greshake, *El Dios uno y trino. Una reología de la Trinidad*, Herder, Barcelona 2001, 36

⁶ K. Rahner, “El Dios trino como principio y fundamento trascendente de la historia de la salvación”, en J. Feiner – M. Löhrer, *Mysterium Salutis. Manual de Teología como historia de la salvación*, Cristiandad, Madrid 1969, II/1, 361s.

⁷ “La unidad de las personas divinas viene dada por la esencia divina, que podemos identificar como la perfección del ser en el amor [...] El ser amor determina y da forma a su ser en plenitud [...] La esencia divina, a la que nos podemos referir como la plenitud del ser en el amor, lleva en sí esta característica de la unión, del nosotros [...] El mismo ser de Dios es amor, más precisamente, ‘intercambio de amor’” (L.F. Ladaria, *La Trinidad misterio de comunión*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2007², 126s.).

‘definiciones’ no son elaboraciones abstractas, sino que responden a la actuación-revelación de Dios en la historia de la salvación: Dios se nos ha manifestado como es él, Dios uno en tres personas distintas, lo cual quiere decir que el ser de Dios como amor se realiza en la “communio” de vida entre las Personas divinas. En efecto, “el Dios uno posee su esencia en el intercambio de vida de tres personas”. Esta afirmación se corresponde con la revelación, único camino de acceso “a la vida divina inmanente [...] En la historia de la revelación [...] se muestra una ‘pluralidad’ en Dios sobre todo en la relación dialógica entre Jesús y su Padre [...] Si la revelación de Dios acontece [...] en una pluralidad ‘inter-personal’, allí se evidencia, justamente, que Dios debe ser comprendido, también en su vida divina íntima, como una unidad interpersonal”⁸. El ser de Dios está constituido ‘ab aeterno’ por la unidad de esencia y la trinidad de personas; ambas dimensiones son igualmente originarias.

2.1. El Dios de Jesucristo

Nosotros conocemos a Dios porque él se ha revelado de diversas maneras a lo largo de la historia de la salvación alcanzando su punto culminante en la etapa final, en Jesucristo (cf. Heb 1,1-3), pues “nadie conoce al Padre sino el Hijo” (Mt 11,27) y nadie ha visto nunca a Dios sino el Hijo Unigénito “que está en el seno del Padre, él lo ha contado” (Jn 1,18)⁹. Pues bien, para Jesús, Dios es el Dios que adora Israel; así se lo hizo saber al Tentador: “Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a él darás culto” (Mt 4,10; cf Dt 6,13). También Jesús, como judío fiel, recitaría todos los días aquella profesión de fe que proclamaba la soberanía de Dios sobre todos los dioses y era el contenido del mandamiento principal de la Ley (cf Mt 22,37): “El Señor nuestro Dios es el único Señor...”. El Dios de Jesús es el mismo que al principio creó el cielo y la tierra: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra” (Mt 11,25), y, como su centro y culminación, puso al hombre y a la mujer, imagen creada de su propio ser (Gén 1-2). Pero “junto a esta forma de existencia de Dios en la creación hay otra que en la Biblia tiene la prioridad: Dios llega a ser conocido a través de la historia”¹⁰. El Dios creador es el mismo que salvó a Noé del diluvio universal y por medio de él recreó de nuevo la vida en el mundo (Gén 9); el mismo que inició con Abrahán una relación de amistad, con él y sus descendientes: “Yahvé dijo a Abrán: ‘Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te

⁸ G. Greshake, *El Dios Uno y Trino*, 215s.

⁹ Cf. J. M^a Rovira Belloso, *Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2008.

¹⁰ J. Ratzinger, *Chi ci aiuta a vivere? Su Dio e l'uomo*, Queriniana, Brescia 2006, 28.

bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición [...]. Todos los pueblos del mundo se bendecirán con tu descendencia” (Gén 12,1s; 22,18; cf Rom 4)¹¹.

El Dios de Jesús es el mismo que se apareció a Moisés en la zarza ardiente y le dijo: “Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob” (Ex 3,2-6). El Dios de Jesús es el mismo que separó las aguas del Mar Rojo para que lo atravesara Israel a pie enjuto, anegando en él al ejército del Faraón (Ex 14,15-31), y condujo al pueblo de Israel por el desierto y lo alimentó durante cuarenta años con el maná: “dio orden a las altas nubes, abrió las compuertas del cielo: hizo llover sobre ellos maná, les dio un trigo celeste; y el hombre comió pan de ángeles” (Sal 77/78,23-25; cf Ex 16). Es el mismo Dios que le entregó las tablas de la Ley a Moisés como signo de la alianza que sellaba con el pueblo de Israel, recién liberado de la esclavitud del Faraón, y de esta intimididad brotó la petición más osada: “Entonces Moisés dijo a Yahvé: “Déjame ver tu gloria”. Él le contestó: “Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad y pronunciaré delante de ti el nombre de Yahvé” [...]. Y añadió: “Pero mi rostro no podrás verlo, porque nadie puede verme y seguir con vida” [...]. “Aquí hay un sitio junto a mí; ponte sobre la roca. Al pasar mi gloria, te meteré en la hendidura de la roca y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Luego apartaré mi mano, para que veas mis espaldas; pero mi rostro no lo verás” (Ex 33, 18-23). Dios no le reveló su rostro, es decir, no se le dio a conocer en la inmediatez de su realidad divina, pero sí le dijo quién era él: “Yahvé pasó por delante de él [Moisés] y exclamó: Yahvé, Yahvé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por mil generaciones y perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes” (Ex 34,6s). Si en su Primera Carta, san Juan define el ser de Dios como amor (1Jn 4,8.16), aquí es el mismo Dios quien dice de sí mismo que es ‘misericordioso y clemente’, ‘rico en amor y fidelidad’, declaración que causó hondo impacto en la experiencia religiosa de Israel (cf Nm 14,18; Sal 85/86,15; 102/103,8; 144/145,8).

El Dios de Jesús es el mismo que detuvo el curso del Jordán para que el pueblo de Israel, guiado por Josué, pasara a tomar posesión de la tierra prometida (Jos 3,14-17), el mismo que llamó a Samuel siendo niño para hacer de él el guía de su pueblo (1Sam 3,1-20), el mismo que luego eligió a David que estaba cuidando el rebaño de su padre Jesé (1Sam 16,11), para que fuera el rey de su pueblo Israel, y de su descendencia prometió que habría de salir el Mesías: “Yo te he tomado del pastizal, de detrás del rebaño, para que seas caudillo de mi pueblo Israel. He estado contigo dondequiera has ido [...] Yahvé te anuncia que te edificará una casa. Y cuando tus días se hayan

¹¹ Sobre Yahvé, el Dios de Israel, P. Coda, *Dios Uno y Trino. Revelación, experiencia y teología del Dios de los cristianos*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1993, 27-93.

cumplido y te acuestes con tus padres, afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas, y consolidaré el trono de su realeza [...] Yo seré para él padre y él será para mí hijo [...] Tu casa y tu reino permanecerá para siempre ante ti; tu trono estará firme, eternamente” (2Sam 7,8-16).

El Dios de Jesús es el mismo que el de los profetas, el que vio Isaías “sentado en un trono excelso y elevado, y sus haldas llenaban el templo. Unos serafines se mantenían erguidos por encima de él [...] Y se gritaban el uno al otro: ‘Santo, santo, santo, Yahvé Sebaot: llena está toda la tierra de tu gloria” (6,1-3); el mismo que probó a Job y desbarató los discursos de sus sabios amigos: “Me doy cuenta que todo lo puedes, que eres capaz de cualquier proyecto [...]. Sí, hablé sin pensar de maravillas que me superan y que ignoro [...]. Sólo de oídas te conocía, pero ahora te han visto mis ojos” (Job 42,2-5). El Dios de Jesús es aquel mismo a quien el salmista se dirigía con confianza y amor: “Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra” (Sal 8,2.10), aquel a quien se puede decir: “Tú eres mi bien. Los dioses y señores de la tierra no me satisfacen [...] El Señor es el lote de mi heredad y mi copa [...], me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad” (Sal 15/16,2s.5s). Porque “el Señor es mi pastor, nada me falta [...]. Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida” (Sal 22/23,1.6), porque “el Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?”(Sal 26/27,1). Y la razón fundamental: “Señor, tu misericordia llega al cielo, tu fidelidad hasta las nubes [...] Tú socorres a hombres y animales, ¡qué inapreciable es tu misericordia, oh Dios!” (Sal 35/36,6.8), porque, en efecto, “el Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad; el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas” (Sal 144/145,8s). De este Dios el creyente tiene sed: “Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?” (Sal 41/42,2s), una sed ardiente. “Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua” (Sal 62/63,2).

Este es el Dios de Jesús, el que se hizo presente desde el principio a su pueblo, el que lo condujo a lo largo de su historia en la prosperidad y en la desgracia, en la libertad y en el cautiverio, en la fidelidad y en la apostasía, mostrándole siempre entrañas de madre: “¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré” (Is 49,15), y prometiéndole amor de esposo: “Me casaré contigo en matrimonio perpetuo; me casaré contigo en derecho y justicia, en misericordia y compasión; me casaré contigo en fidelidad, y te penetrarás del Señor” (Os 2,21s).

El Dios de Israel, que es el mismo Dios de Jesús, cuando Moisés le preguntó quién era, cuál era su nombre, dijo: “Yo soy el que soy”.

Y añadió: “Así dirás a los israelitas: ‘Yo soy’ me ha enviado a vosotros [...] Yahvé, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros” (Ex 3, 14s). Con este nombre Dios quiso poner de relieve que él es “el único verdaderamente existente. Ello significa que es trascendente y sigue siendo un misterio para el hombre, y también que actúa en la historia de su pueblo y en la historia humana a las que él dirige hacia su fin”¹². En su nombre, Yahvé, el Dios de Israel asegura a su pueblo dos cosas: por un lado, que él está por encima de todo, que es el principio de todo y la meta de todo, que él lo abraza todo, pero no puede ser abarcado por nada, que él lo penetra todo, pero nada ni nadie puede penetrar en su misterio insondable; y por otro lado, en su mismo nombre le asegura a Israel que él está en medio de su pueblo, que es su guía y protección, que es su garantía de seguridad, de prosperidad, de paz, si se mantiene fiel a la alianza que con él ha sellado como signo de su amor preferencial entre todos los pueblos de la tierra.

Este Dios, “el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”, es también el Dios de Jesús de quien dijo: “No es un Dios de muertos, sino de vivos” (Mt 22,32). Pero para Jesús Dios es sobre todo el Padre, *su* Padre. Con este nombre no sólo quiere expresar que Dios como Padre es la fuente y principio de la vida, que toda vida procede de él, sino sobre todo la vinculación especial, absolutamente única que tiene con Jesús, el Verbo de Dios hecho hombre, engendrado por él desde toda la eternidad como su Hijo unigénito; pero también la denominación de Dios como Padre nos afecta a todos los que por Jesucristo hemos sido adoptados como hijos suyos. Por eso Jesús se dirige a Dios como a su Padre y nos enseñó a nosotros a dirigirnos de igual modo, como *Padre nuestro* (Mt 6,9)¹³.

Dios es, pues, el Padre, así nos lo ha revelado Jesús, el Hijo. “El Padre, en la rítmica del amor, es el *don primordial*. Ya a partir de ello queda claro que él nunca está sin el Hijo (y el Espíritu) a quien (quienes) se entrega, es decir, que no puede ser ‘aislado’ ni siquiera de manera conceptual de las otras dos personas [...] Él posee su ‘identidad’ justamente en el hecho de que se regala, que es aquel que desde siempre está saliendo de sí mismo hacia los otros, lo que al mismo tiempo significa, empero, que él ‘obtiene’ su identidad a partir de los otros [...] El Padre está orientado, como puro don, totalmente hacia el Hijo y hacia el Espíritu y está constituido en este ser-relación”¹⁴.

¹² Nota de la *BJer* a Ex 3,13.

¹³ El significado de Dios como Padre y su relación con el Hijo y desde él con los discípulos y, entre todos, con la Madre del Señor, lo he desarrollado en “La relación filial-pensal de María con Dios Padre”, en *Salmanticensis* 52 (2005) 529-557.

¹⁴ G. Greshake, *El Dios Uno y Trino*, 256.262.

2.2. El Hijo revelador del Padre

“Dios es amor” (1Jn 4,8.16), pero este Dios ¿quién es? Es el Dios de Israel, el único Dios, no hay otro Dios fuera de Él, lo cual quiere decir que si no conocemos al Dios de Israel no conocemos al Dios de Jesús¹⁵. Pues bien, a este Dios Jesús llama e invoca como su Padre: “Abba, Padre” (Mc 14,36)¹⁶. Según esto, “si quisiéramos responder en pocas palabras a la pregunta sobre el significado que el Nuevo Testamento da al término Dios, esta respuesta podría ser sólo: Dios es el Padre de Jesucristo”¹⁷.

Ahora bien, ¿se agota en la persona del Padre el misterio de Dios que Jesús nos reveló?¹⁸ Ciertamente, no. Porque si para Jesús Dios es el Padre, *su* Padre, él es el “Hijo unigénito” (Jn 1,18; 3,16.18). Pero “el Hijo, en la rítmica del amor, es ‘existencia como recepción’ (H.U.v. Balthasar), pero de tal manera recepción del don, que reconoce el don como tal y, con ello, lo devuelve o, mejor aún, lo tras-pasa [...] En la recepción, el don adquiere figura [...] se torna verdaderamente lo ‘otro’ [...] Pero el Hijo no es solamente ‘ser en la recepción’, ‘ser en la devolución’, sino que es también ‘ser en el tras-paso’ (al Espíritu) y, con ello, principio de comunicación (Logos) y, así, nuevamente y más aún ‘imagen del Padre”. En el Nuevo Testamento aparece suficientemente expresado “que Jesucristo proviene del Padre y se debe a él”¹⁹.

Evidentemente, la relación padre-hijo aplicada a Dios hay que entenderla analógicamente. “Pero el campo de relación Padre-Hijo no podría servir de analogía, para darnos una lejana idea del misterio

¹⁵ De ahí la importancia del conocimiento de los libros del AT que “los cristianos deben recibirlos con devoción, porque expresan un vivo sentido de Dios, contienen enseñanzas sublimes sobre Dios y una sabiduría salvadora acerca del hombre, encierran tesoros de oración y esconden el misterio de nuestra salvación”(DV 15).

¹⁶ En el IV evangelio, a partir del episodio de la purificación del templo: “Quitad esto de aquí. No hagáis de la casa de *mi Padre* una casa de mercado”(Jn 2,16), Jesús habla continuamente de Dios como de “mi Padre”, hasta la aparición a la Magdalena con el encargo que le encomendó: “Vete a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios”(Jn 20,17; Cf. 20,21).

“Si el tratamiento de Dios como Padre no es demostrable en el AT (exceptuando Eclo 23,1), si está escasísimamente documentado tanto en el judaísmo palestinese como helenista, deberá ser considerado como propio de las comunidades cristianas (cf. Gál 4,6; Rom 8,15). Arraiga en la oración de Jesús y expresa su incomparable relación con Dios. Confirma esto el hecho de que, según los evangelios, Jesús jamás se une con los discípulos mediante la expresión ‘nuestro Padre’. Por el contrario, al referirse a Dios, le llama ‘Padre, mi Padre’ (Mt 11,25s; 26,39.42)” (J. Gnllka, *El Evangelio según San Marcos*, Sígueme, Salamanca 2001, II, 305). Cf. J.M^a de Miguel González, “Datos para una teología trinitaria en los escritos joánicos”, en *Salmanticensis* 50 (2003) 389-420.

¹⁷ J Ratzinger, *Chi ci aiuta a vivere?*, 29.

¹⁸ Para este punto, cf. P. Coda, *Dios Uno y Trino*, 97-158.

¹⁹ G. Greshake, *El Dios Uno y Trino*, 257s.

interno de Dios, si no llevase a su vez en su seno la huella divina”²⁰. ¿Y en qué relación está en cuanto Hijo con el Padre? “Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11,27). Nadie puede penetrar en el misterio del Padre sino el Hijo, y por eso únicamente el Hijo lo puede dar a conocer: “A partir de Jesucristo yo creo llegar a saber qué cosa sea Dios y qué cosa sea el hombre. Dios es así como se ha desvelado en Jesucristo”²¹. Pero en el misterio de Dios, sólo Dios puede entrar: si el Hijo conoce al Padre quiere decirse que él forma parte del misterio de Dios²². De hecho, “a Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha contado” (Jn 1,18). Esta relación paterno-filial se funda en el amor, como el mismo Jesús nos lo reveló: “el Padre ama al Hijo y ha puesto todo en sus manos” (Jn 3,35), “porque el Padre quiere al Hijo y le muestra todo lo que él hace” (Jn 5,20). La relación de Jesús con Dios es semejante, sólo semejante, a la de un hijo con su padre, puesto que la supera infinitamente; es relación de identidad: “Yo y el Padre somos uno” (Jn 10,30), y de presencia (inmanencia) mutua: “el Padre está en mí y yo en el Padre” (Jn 10,38; cf 14,10.11.20; 16,32; 17,21s), por eso “el que me ve a mí, ve a aquel que me ha enviado” (Jn 12,45; cf 14,9), y “si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre” (Jn 14,7), lo que implica ponerse en el mismo plano de Dios, como bien lo entendieron los judíos: “No queremos apedrearle por ninguna obra buena, sino por una blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios” (Jn 10,33). “Por eso los judíos trataban con mayor empeño de matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios” (Jn 5,18).

Pero el evangelio muestra también una relación de dependencia que es expresión de su condición filial humillada (kenótica) de su rango divino (Fil 2,6-11): “el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre: lo que hace él, eso también lo hace igualmente el Hijo” (Jn 5,19). “Yo obro según el Padre me ha ordenado” (Jn 14,31), “porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado” (Jn 6,38). Además, “mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado” (Jn 7,16). En efecto,

²⁰ J. Ratzinger, *Dios y el mundo. Creer y vivir en nuestra época*. Una conversación con P. Seewald, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona 2005, 255.

²¹ J. Ratzinger, *Chi ci aiuta a vivere?*, 49.

²² Según el Cardenal Ratzinger, esta frase “*Nadie conoce al Padre, sino el Hijo...*”, “expresa ante todo una ley muy general del conocimiento. Indica que sólo la igualdad posibilita el conocimiento. Cuando no existe correspondencia interna con Dios, tampoco es posible conocer a Dios. En sentido estricto, Dios sólo puede ser conocido por sí mismo. Si a raíz de ello se concede al ser humano conocimiento de Dios, ello presupone que Dios eleva al ser humano a una relación de parentesco y que esta relación viva con Él posibilita el conocimiento” (*Dios y el mundo*, 255).

“yo hablo lo que he visto junto a mi Padre” (Jn 8,38). “Por eso, lo que yo hablo lo hablo como el Padre me lo ha dicho a mí” (Jn 12,50). Sobre el Hijo ha puesto el Padre toda su confianza: “Este es mi Hijo amado, en quien me complace; escuchadle” (Mt 17,5; 3,17). Aunque el Padre es la fuente de la vida, le ha entregado al Hijo el poder dar la vida, así como el juicio sobre todos (Jn 5,22.26s; 17,2), “para que todos honren al Hijo como honran al Padre. ¡Pues! el que no honra al Hijo no honra al Padre que lo ha enviado” (Jn 5,23). El Hijo forma parte del misterio de Dios: “el Hijo Unigénito [...] está en el seno del Padre” (Jn 1,18). Este que está en el seno del Padre, es “la Palabra que existía en el principio, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios” (Jn 1,1; cf 17,5). Al misterio de Dios-amor pertenece, pues, el Hijo: él es la expresión personal del amor del Padre por nosotros. “Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16).

El Papa Benedicto XVI destaca con fuerza el misterio del amor de Dios encarnado en el don del Hijo: “El amor apasionado de Dios por su pueblo, por el hombre, es a la vez un amor que perdona. Un amor tan grande que pone a Dios contra sí mismo, su amor contra su justicia [...] Dios ama tanto al hombre que, haciéndose hombre él mismo, lo acompaña incluso en la muerte y, de este modo, reconcilia la justicia y el amor [...] En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical”²³. Un amor que no queda fijado en un tiempo y en un lugar determinados de la historia, sino que permanece siempre actual en el memorial eucarístico, “pues cada vez que comáis este pan y bebáis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga” (1Cor 11,26).

Así, pues, Jesús nos reveló que Dios es el Padre, su Padre, y, por tanto, nos dijo de sí mismo que él es el Hijo unigénito del Padre. De tal manera que “en la definición de Jesús es parte constitutiva el Padre, Jesús mismo se puede aferrar sólo en la continua relación con el Padre. Un Jesús sin Padre no tiene nada, propiamente nada en común con el Jesús histórico, con el Jesús del Nuevo Testamento [...] Esto significa que el Nuevo Testamento no conoce a Dios fuera de la relación de paternidad, sin la mediación del hombre Jesús [...] Dios existe realmente en la relación Padre-Hijo, ésta pertenece sustancialmente a él”²⁴. Esta revelación de Dios como relación de paternidad-filiación, de Dios como Padre y como Hijo, acontece precisamente revelándonos como amor²⁵. Como Dios es amor, el Padre y el Hijo sólo podían manifestarnos su ser divino amándonos hasta

²³ Encíclica “Deus caritas est”, nn. 10.12.

²⁴ J. Ratzinger, *Chi ci aiuta a vivere?*, 30.31.32.

²⁵ Cf J. M^a de Miguel González, “Datos para una teología trinitaria en los escritos joánicos”, en *Salmanticensis* 50 (2003) 389-420.

el extremo, poniéndose contra sí mismo el Padre en la entrega a la muerte de su Hijo. Pero al misterio de Dios-amor pertenece también el Espíritu Santo.

2.3. La obra del Espíritu

¿Quién es el Espíritu Santo? “El Espíritu Santo es, en la rítmica del amor, *por un lado* pura recepción, en cuanto recibe el don del Padre y, de manera diferente, el del Hijo, volviéndose en el amor hacia ellos, en gratitud y glorificación. *Por el otro lado*, a partir de Agustín se comprende al Espíritu como lazo de amor entre el Padre y el Hijo, que obra su unidad y su ser-uno [...] Al ser, en la rítmica del amor, el don del Padre al Hijo y del Hijo al Padre y dar, por ello, testimonio de la identidad de los donantes, el Espíritu es la identidad en la diferencia del Padre y del Hijo y, con ello, la identidad en la diferencia de la *communio* divina de amor”²⁶.

A diferencia del Padre y del Hijo, el Espíritu no tiene rostro o representación humana. “Cristo era una persona que se podía experimentar, el Espíritu Santo está presente como efecto, por decirlo de alguna manera, pero no es tan palpable para nosotros como persona. Por este motivo se discutió mucho tiempo sobre su carácter de persona”²⁷. Es cierto que al Padre no lo ha visto nunca nadie (Jn 1, 18), pero como Jesús ha dicho que “el que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,9), por eso representamos al Padre con rostro humano que no es otro que el del Hijo, que es su reflejo vivo personal. Pero ¿cómo representa la Sagrada Escritura al Espíritu Santo? Sólo con figuras que son meras alusiones a la acción de Dios en la historia de la salvación: así en el bautismo de Jesús descendió sobre él en forma de paloma (Mt 3,16 par), evocando la paloma que soltó Noé cuando el diluvio señalando el fin del mismo y el comienzo de la segunda creación, como había estado en la primera: “el Espíritu de Dios aleataba por encima de las aguas” (Gén 1,2); y luego en el bautismo de la Iglesia, es decir, en Pentecostés, descendió el Espíritu en forma de un viento recio y llamaradas de fuego (Hch 2,3), evocando el descenso de Dios sobre el Sinaí: “la gloria de Yahvé aparecía a los israelitas como fuego devorador sobre la cumbre del monte” (Ex 24,17); en el Apocalipsis aparece como “el río de agua de vida, brillante como el cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero” (22,1; cf Jn 7,38s), evocando la fuente de agua viva que tenía su manantial en el templo de Dios (Ez 47).

²⁶ G. Greshake, *El Dios Uno y Trino*, 258s.

²⁷ J. Ratzinger, *Dios y el mundo*, 251.

El testimonio del Nuevo Testamento sobre el Espíritu Santo comienza con la narración del misterio de la Encarnación; tanto Mateo como Lucas afirman que la concepción de Jesús en el seno de María tuvo lugar por el Espíritu Santo. “El origen de Jesucristo fue de esta manera: su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo” (Mt 1,18). A José, que había pensado repudiarla, le dijo el ángel: “No temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo” (1,20). A la pregunta de María sobre cómo se realizaría lo que el ángel Gabriel acaba de anunciarle, le respondió: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y se le llamará Hijo de Dios” (Lc 1,35). El Espíritu Santo es el artífice de la Encarnación del Verbo; aparece como la fuerza o poder de Dios que impulsa luego a Jesús al desierto (Lc 4,1) y lo acompaña a lo largo de su ministerio mesiánico (Lc 4,14), hasta la ofrenda de su sacrificio en la cruz (Heb 9,14), y su resurrección, pues como dice el Apóstol es el Padre el que por medio del Espíritu “resucitó a Jesús de entre los muertos” (Rom 8,11). Y después de Pentecostés, “el Espíritu Santo es la fuerza a través de la cual Cristo nos hace experimentar su cercanía”²⁸.

El Espíritu Santo es diferente del Padre y del Hijo, no puede confundirse con ellos. En la primera promesa del Espíritu, Jesús dice: “Yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad” (Jn 14,16s); y en la segunda: “El Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Jn 14,26); y en la tercera: “Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí” (Jn 15,26); y en la cuarta: “Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy os lo enviaré” (Jn 16,7); y, finalmente, en la quinta promesa dice Jesús: “Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa” (Jn 16,13). En todas estas promesas Jesús habla del Padre, de sí mismo y del Espíritu como de tres sujetos o tres personas que conforman la única realidad divina. El Espíritu Santo pertenece al único misterio de Dios, como el Hijo y como el Padre, pero su presencia en medio de la Iglesia es fruto del sacrificio de Cristo. En efecto, dice san Juan que durante la vida pública de Jesús “no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado” (Jn 7,39). Y por eso el mismo evangelista afirma que Jesús al morir, “inclinando la cabeza entregó el espíritu” (Jn 19,30), y en la misma tarde de pascua lo comunicó a los discípulos, soplando sobre ellos dijo: “Recibid el Espíritu

²⁸ Benedicto XVI, *Homilía en la Misa de toma de posesión de su Cátedra*, en la Basílica de San Juan de Letrán, el sábado 7 de mayo de 2005.

Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados” (Jn 20,22s).

El Padre obra por medio del Hijo y del Espíritu, que son como las dos manos de Dios (San Ireneo)²⁹. La creación primero y luego la redención tienen en el Padre, en su voluntad salvífica universal (cf Jn 6,39; 1Tim 2,4), el principio y el destino final, pero son llevadas a cabo por el Espíritu y la Palabra (Gén 1,2; Jn 1,3). Pues todo procede del Padre y llega a nosotros por el Hijo en el don del Espíritu, y todo vuelve al Padre por medio del Hijo sostenidos por el Espíritu. El Hijo es el mediador de todo don y de toda comunión con Dios Padre: “Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14,6), y el Espíritu Santo es el que hace posible y actual esta mediación de Cristo, llevando a plenitud su obra. Según Benedicto XVI: “El Espíritu es esa potencia interior que armoniza el corazón [de los creyentes] con el corazón de Cristo y los mueve a amar a los hermanos como Él los ha amado [...] El Espíritu es también la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia”³⁰.

Cada una de las tres divinas Personas actúa en la historia de la creación y de la salvación, envolviendo así a toda la realidad creada, y de un modo particular al hombre y a la mujer creados a imagen y semejanza de Dios, en un abrazo infinito de amor. Así, pues, Dios se ha manifestado y actuado en la historia de la salvación como Padre creador, fuente y origen de todo lo que existe en el cielo y en la tierra; como Hijo redentor a quien el Padre envió al mundo para reconciliar consigo todas las cosas; como Espíritu santificador enviado por el Padre y el Hijo para llevar a término la obra de la creación y de la redención. Hemos conocido a Dios en cada una de las Personas divinas por su actuación en la historia de la salvación. Pero ¿cuál es la relación entre ellas, en el interior mismo de Dios? Evidentemente, si podemos decir algo de la intimidad divina (Trinidad inmanente) es a partir de su revelación en la historia (Trinidad económica), por eso hemos recordado algunos datos y acontecimientos de esa revelación: un único Dios actuando en comunión interpersonal en la creación, en la obra de la redención, en la acción santificadora de la Iglesia y del mundo.

²⁹ Sobre esta metáfora, cf. J. Mambrino, “Les deux mains de Dieu dans l’oeuvre de S. Irénée”, en *NRTh* 79 (1975) 355-370.

³⁰ *Deus caritas est*, n. 19.

2.4. De la historia de la salvación al misterio de Dios Uno y Trino

Para G. Greshake, la tesis “*Dios es uno y trino* significa tanto como *Dios es aquella comunio en la que las tres personas divinas, en un intercambio dialógico de amor, realizan la vida divina una como comunicaci3n recíproca de sí mismas*”, teniendo en cuenta que “*comunio* significa siempre mediaci3n de identidad y diferencia”³¹. Esto se puede afirmar porque “si Dios se revela en la historia del modo como él es en sí mismo, el ser-Padre, ser-Hijo y ser-Espíritu Santo de la historia de salvaci3n debe tener una correspondencia real y no sólo metaf3rica en la vida inmanente de Dios”. En efecto, los nombres de Padre, Hijo y Espíritu son nombres de la Trinidad econ3mica, de ahí que “estos nombres pueden, *entonces*, aplicarse *tambi3n* a la vida intra-divina”³².

A poco de ser elegido Papa, Benedicto XVI dijo: “Toda la revelaci3n se resume en estas palabras: ‘Dios es amor’ (1Jn 4,8.16); y el amor es siempre un misterio, una realidad que supera la raz3n, sin contradicirla, sino más bien exaltando sus posibilidades. Jes3s nos ha revelado el misterio de Dios: él, el Hijo, nos ha dado a conocer al Padre que est3 en los cielos, y nos ha donado el Espíritu Santo, el Amor del Padre y del Hijo. La teología cristiana sintetiza la verdad sobre Dios con esta expresi3n: una única sustancia en tres personas. Dios no es soledad, sino comuni3n perfecta. Por eso la persona humana, imagen de Dios, se realiza en el amor, que es don sincero de sí”³³. Pasado un aío, y en el mismo contexto de la fiesta de la SS. Trinidad, volvi3 a repetir que Dios “no es soledad infinita, sino comuni3n de luz y de amor, vida dada y recibida en un di3logo eterno entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo”. Y citando de nuevo la definici3n joánica de Dios como acceso al Dios invisible afirm3: “Todo el universo, para quien tiene fe, habla de Dios uno y trino. Desde los espacios interestelares hasta las partículas microsc3picas, todo lo que existe remite a un Ser que se comunica en la multiplicidad y variedad de los elementos, como en una inmensa sinfonía. Todos los seres est3n ordenados seg3n un dinamismo armonioso, que anal3gicamente podemos llamar ‘amor’. Pero sólo en la persona humana, libre y racional, este dinamismo llega a ser espiritual, llega a ser amor responsable, como respuesta a Dios y al prójimo en una entrega sincera de sí. En este amor, el ser humano encuentra su verdad y su felicidad”³⁴.

Antes y despu3s de su primera encíclica, Benedicto XVI encuentra en la frase “*Dios es amor*” el mejor acceso al misterio íntimo de

³¹ G. Greshake, *El Dios Uno y Trino*, 223.221.

³² G. Greshake, *El Dios Uno y Trino*, 248s.

³³ *Angelus en la fiesta de la SS. Trinidad*, 22 de mayo de 2005.

³⁴ *Angelus en la fiesta de la SS. Trinidad*, 11 de junio de 2006.

Dios uno y trino, y su reflejo en el mundo creado, especialmente en el hombre y la mujer creados a su imagen para el amor. Porque este Dios es el que nos reveló Jesús: es el Padre, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible; es el Hijo único del Padre que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y se hizo hombre; es el Espíritu Santo, Espíritu de amor y comunión del Padre y del Hijo. Son tres Personas distintas, no tres dioses, pues las tres Personas constituyen un solo y único Dios por el amor: “Dios es Uno y es la Unidad Suprema. Pero la Unidad Suprema no es la unidad de lo indivisible, sino la unidad que surge mediante el diálogo amoroso. Dios, el Uno, es al mismo tiempo relación en sí mismo, de ahí que también pueda generar relación”³⁵. Si Dios es amor en sí mismo, forzosamente dentro de él tendrá que darse la expresión personal de este amor. “El pensamiento ‘Dios es amor’ conlleva la pregunta: ¿quién es amado? Ésta se resuelve en la trinidad de Dios, que se entrega convertido en Hijo y que se devuelve convertido en Espíritu Santo”³⁶. Dios no puede ser amor si es absoluta soledad, porque el amor exige comunicación, darse, entregarse a la persona amada: esta es la *communio* intratrinitaria. Y el amor no se realiza plenamente entre el Amante y el Amado solos, exige apertura a un tercero, que es precisamente el fruto del amor interpersonal. Así se realiza el Amor trinitario: el Padre ama al Hijo como expresión de sí mismo, es su Palabra eterna, el reflejo vivo personal de su ser, todo lo que es el Padre se dice en el Hijo; el Hijo ama al Padre en total entrega y obediencia, la voluntad del Padre es la suya propia, por eso él transparente perfectamente el ser del Padre; el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, es la expresión personal de ese amor. Por eso a nosotros nos llega el amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones, por el Espíritu Santo (Rom 5,5). De manera excelente resume estas ideas Benedicto XVI: “En Jesucristo, el propio Dios se ha hecho hombre y nos ha permitido, por así decirlo, echar un vistazo a la intimidad del mismo Dios. Y ahí vemos algo completamente inesperado: en Dios existen un Yo y un Tú. El Dios misterioso y lejano no es soledad infinita, sino acto de amor... Existe el Hijo que habla con el Padre. Y ambos son una cosa sola en el Espíritu, que es, en cierto sentido, el ambiente del dar y del amor que hace de ellos un solo Dios. Esta unidad de amor, que es Dios, es una unidad mucho más sublime

³⁵ J. Ratzinger, *Dios y el mundo*, 250.

“La doctrina trinitaria constituye el contenido cristiano del monoteísmo [...] La unidad de Dios aparece definida como comunión del Padre y el Hijo, e implícitamente como comunión del Padre, el Hijo y el Espíritu, como unidad en el amor [...] La confesión trinitaria es monoteísmo concreto y, como tal, es la respuesta cristiana a al pregunta del hombre por Dios” (W. Kasper, *El Dios de Jesucristo*, 347, Sígueme, Salamanca 1985, 356).

³⁶ J. Ratzinger, *Dios y el mundo*, 94.

de lo que pudiera ser la unidad de una última partícula indivisible. Precisamente el Dios trino es el solo y único Dios³⁷.

El misterio central del cristianismo, que Dios es Uno y Trino, no ha surgido como fruto de una sutilísima especulación, sino de la escucha y contemplación de las palabras y obras de Jesús, de su relación con Dios en la oración y en la entrega de su vida en obediencia filial para cumplir su voluntad salvífica. “Jesús dijo todo a sus discípulos, siendo él mismo la Palabra viva de Dios, y Dios no puede dar más de sí mismo. En Jesús, Dios se nos ha dado totalmente a sí mismo, es decir, nos lo ha dado todo... En él, en el Hijo, se nos ha dicho todo, se nos ha dado todo. Pero nuestra capacidad de comprender es limitada; por eso, la misión del Espíritu consiste en introducir a la Iglesia de modo siempre nuevo, de generación en generación, en la grandeza del misterio de Cristo³⁸.”

3. Raíz trinitaria de la familia

“Desde la creación, Dios se da a conocer en el espacio de la relación recíproca entre el hombre y la mujer como principio y paradigma de toda otra relación interhumana que incluye en sí la relación con el mundo³⁹.” Hemos recordado al comienzo de este trabajo la enseñanza bíblica de la creación del ser humano a imagen y semejanza de Dios, pero ¿de qué Dios? No puede ser otro que aquel que nos reveló Jesús. Por eso hemos trazado su imagen en el apartado anterior, siguiendo la manifestación-actuación de cada una de las Personas divinas en la historia de la salvación y, desde aquí, la relación entre ellas en el seno mismo del misterio de Dios. Este ser humano, hombre y mujer, creado a imagen de Dios Trinidad, fue unido en una sola carne, en matrimonio indisoluble, pues lo que Dios une el hombre no puede separarlo, para formar la familia y continuar así en el mundo la fecundidad divina de la vida (cf. Gén 2,7). Si Dios es comunión de personas en el amor, la familia, igualmente comunión de personas en el amor, debe reflejar el mismo ser de Dios. Pues sólo en la relación recíproca esponsal el hombre y la mujer llegan a ser imagen de Dios. La relación entre el hombre y la mujer es más que la simple suma de los dos; además cada uno de los dos es plenamente sí mismo sólo

³⁷ *Homilía en la Vigilia de Pentecostés* con la participación de los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades (3-6-2006).

³⁸ Benedicto XVI, *Homilía en la Misa de toma de posesión de su Cátedra*, Basílica de San Juan de Letrán (7-5-2005), expresiones que evocan el conocido texto de San Juan de la Cruz: “Porque en darnos, como nos dio [el Padre] a su Hijo, que es una palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola palabra, y no tiene más que hablar” (*De la subida al monte Carmelo*, II, 22, 3, Madrid: BAC 15, 1950, 681).

³⁹ P. Coda, “Familia y Trinidad”, 199.

transcendiéndose hacia el otro. Por eso la realización plena de sí se da amando al otro, en Cristo, “como al propio cuerpo” (Ef 5,28). Y esto de manera recíproca, donando al otro, en Cristo, el propio cuerpo. Es necesario, pues, poner de relieve la relevancia de la fe trinitaria para la comprensión y realización de la familia. Pues como escribió Hans Urs von Balthasar, la familia “sigue siendo pese a todas las diferencias evidentes, la *imago trinitatis* más elocuente, inserta en la criatura”⁴⁰.

La noción de “*communio*” puede ayudarnos⁴¹. Con ella se indica la unidad que se realiza en la pluralidad o la pluralidad que se expresa en la unidad. Es el caso del misterio de Dios: la unidad divina se realiza en la trinidad de Personas, en el intercambio personal de amor del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, por el cual cada una de las Personas está en la otra, sin dejar de ser ella misma. Pero la “*communio*” como expresión de la unidad en la pluralidad y de la pluralidad en la unidad no se realiza sólo en Dios, sino también en el ámbito de la creación donde lo uno, el ser, se expresa en la diversidad y la multiplicidad se reconduce a la unidad. Así, Dios creó al ser humano uno en la diferencia de varón-mujer para formar una “*communio*” (unidad en la diversidad) en la familia, semejante a la “*communio*” divina. “En cuanto el Dios trinitario es una comunidad de personas que difieren unas de otras, que se median *en cuanto diferentes* la esencia divina una, él constituye para el hombre la representación arquetípica del reconocimiento recíproco del otro en su alteridad a fin de que se dé la mutua mediación de vida. En esta perspectiva, la imagen trinitaria de Dios [...] constituye la representación arquetípica de una relación lograda entre el varón y la mujer. De esta manera, el Dios trino es un baluarte inestimable contra todos los intentos de nivelar el ser-varón y el ser-mujer”⁴².

En efecto, la familia está formada por una pluralidad de miembros cada uno de ellos con sus peculiaridades propias: el padre no es la madre ni el hijo, la madre tampoco es el padre ni la hija, y el hijo o la hija no es ni el padre ni la madre. Y, sin embargo, constituyen todos, padres e hijos, la única familia. El amor, como en el seno de Dios, une la diferencia en la “*communio*” de personas. Ahora bien, si la familia así entendida y vivida, puede reflejar (muy imperfectamente, por cierto) el misterio de la familia divina, es porque tiene su origen en la Trinidad: lo que Dios es en sí (intercambio de amor personal) quiso reflejarlo en la creación del ser humano a su imagen y semejanza, uno en la diferencia varón-mujer, para que la vida que en ellos había infundido Dios ellos a su vez, en la unión de amor esponsal, la infundieran en sus descendientes. La “*communio*” divina es comunicada a

⁴⁰ Citado por G. Greshake, *El Dios Uno y Trino*, 323.

⁴¹ Cf. G. J. Zarazaga, S.J., *Dios es comunión. El nuevo paradigma trinitario*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2004.

⁴² G. Greshake, *El Dios Uno y Trino*, 322.

los hombres, encontrando su lugar más propio en la familia. Ahora bien, para que la familia humana refleje o sea una imagen de la Trinidad divina tiene que fundarse sobre el amor entre los esposos, entre éstos y los hijos, y entre éstos y los padres. Es el amor que circula como don y recepción: el amor dado, recibido y devuelto.

Conclusión

La crisis de la familia no puede remontarse si no nos remontamos a su origen que es Dios en la comunión de las tres divinas Personas. La familia procede de la voluntad creadora de Dios y por eso mismo es una imagen creada de la Trinidad divina, que se realiza como tal imagen en tanto en cuanto ella llega a ser una “*communio*” de vida en el amor. Pero es evidente que en un contexto sociopolítico y cultural altamente secularizado, donde se quiere expulsar a Dios del ámbito público para quedar confinado a la privacidad de las conciencias o al espacio del hogar,

El origen de la familia es el Dios Uno y Trino (unidad de esencia en la diversidad de Personas); si esto es así, el origen de la crisis de la familia estará en el olvido y rechazo de Dios. Por tanto, difícilmente se remontará la crisis de la familia si se prescinde de Dios su creador. Los apañes legislativos para implantar nuevas formas de familia contra la voluntad creadora de Dios al principio ¡“a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó. Y los bendijo Dios con estas palabras: ‘Sed fecundos y multiplicaos, y henchid la tierra y sometedla’ (Gén 1,27-28), “por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne” (Gén 2,24)], los apañes legislativos –digo– no pueden ser la solución de la crisis, sino más bien la agudizarán. Es necesario, pues, sanar “*in radice*” la comprensión y realización de la familia según el proyecto de Dios, de la vida misma de Dios, que en ella, en la familia humana, fundada en la unión indisoluble del hombre y la mujer, quiso reflejarse. En efecto, “el Dios cristiano es *communio*: él realiza su ser en el diálogo de amor de tres personas [...] La esencia divina una es *communio*; esta esencia existe solamente *en el intercambio* del Padre, Hijo y Espíritu. Cada una de las personas divinas se orienta extáticamente hacia la otra, y esto de forma *correlativa*, en cuanto cada una de ellas da, al tiempo que recibe [...] Cada una de las personas existe de una manera peculiar totalmente a partir de las otras y hacia las otras: dando / recibiendo – recibiendo / dando – uniendo / recibiendo / devolviendo, de tal manera que cada una de ellas es ella misma solamente en las otras,

entrañando y abrazando (pericóresis) en sí misma a las otras en el ejercicio de su propio ser-persona”⁴³.

Evidentemente, la *communio* interpersonal en el seno del Dios Uno y Trino, es decir, la unidad en la diferencia, no puede darse tal cual en la *communio* entre las personas de la familia humana⁴⁴, pero como ésta tiene en Dios el punto último de referencia llegará a ser verdadera familia, según el proyecto de Dios, en la medida en que la *communio* interpersonal entre los padres y los hijos haga de ella, por el amor, una comunidad unida en la diversidad de personas. No serán, pues, las nuevas formas de familia ideadas por las distintas ideologías de género con el concurso de los *mass media* y los políticos a su servicio la solución a la crisis de la familia, sino la consolidación de la familia *tradicional*, aquella que transmite (“*tradere*” / “*traditio*”) la vida y los valores que el Dios Uno y Trino imprimió en ella al principio y le confió su transmisión a través de los siglos hasta que la familia humana alcance su plenitud en la Familia divina del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

⁴³ G. Greshake, *El Dios Uno y Trino*, 227-232.

⁴⁴ Pues como enseñó el Concilio IV de Letrán (1215), en toda analogía entre el Creador y la criatura la semejanza es siempre mayor que la desemejanza (DS 806).